

Bowery: la calle de los borrachos

Elite, 1952-11-01.

El Bowery neoyorquino arranca de la plaza de Cooper y sigue en recta sobria hasta Canal Street. El nuevo Bowery da un estirón más con dos o tres curvas y se pierde más abajo del China Town. Es una avenida ancha, adoquinada, sucia de papeles, de basura, de borrachos. Y es un poco el símbolo de la humanidad que vive aquí pegada al mostrador largo de los bares llenos de humo, de voces agrias, de toses apagadas de tísico, de sombras muertas de neón.

El asiduo del Bowery es generalmente hombre que caminó con algunos puntales de ilusión en la juventud, tropezó una vez, dos veces, y cayó de bruces en ese mundo oscuro de letargo donde sigue existiendo sin esperanzas de liberación. Igual que esos restos sucios de periódicos, igual que esa basura de cosas que fueron lo mismo que esa mugre entre adoquines que pisa la humanidad vencida del borracho.

Todo es viejo en el Bowery, no antiguo, sino viejo. Viejas son las casas que flanquean este vertedero de hombres y de cosas. La luz blanca del neón no sirve para alumbrar, sino para descubrir oscuridades, para destacar sombras. y son viejos los jóvenes y viejas las ropas arrugadas en una noche, viejas las historias que cuentan los borrachos tendidos panza arriba en la acera, viejas las ilusiones escondidas en la comisura de labios, caída del borracho, viejo el sombrero que esconde sus ojos, vieja la vista, vieja esa vida sin esperanzas que va dando traspiés llevando a cuestras la sola promesa de caer.

Hay poco cielo en el Bowery. La luna tiene que llegar primero a las paredes, mezclarse con el neón y llegar sucia a la calle. Porque el Bowery tienen un techado de acero, también viejo. Es la estructura ya inútil del ferrocarril elevado. Corre a todo lo largo del Bowery, encajonado este vertedero como si fuera una cloaca. El sol llega como a través de rendijas. hay una hora del mediodía en que parece que ha vendido a las sombras. Pero es un momento nada más. Semejante a la vacilación del borracho que ha jurado no beber más, entre un vaso y otro vaso. Igual que el rayito fugaz que alumbró al criminal sólo un momento antes del disparo. Y las sombras se tuercen otra vez, se hacen más y más grandes y rebasan los tejados. Los pocitos de agua sucia, de orina se enfrían de nuevo y la vida sin objeto alimentado por las inmundicias se apaga sin morir en forma de gusano.

* * *

El lector y yo vamos a llegar al Bowery de noche. Digamos que nos encontramos en la plaza de Cooper a las diez. El lector verá como yo, que esta plazoleta triangular une la tercera y cuarta avenidas a la altura del arco de Washington y enfilan en una sola hacia el sur, llenas de columnas de hierro que soportan el elevador que ya no funciona. Al

norte, y casi en la misma dirección, la inmensa mole alumbrada del Empire State Building parece una silueta de cuadritos de luz con un penacho alumbrado contra el fondo morado-rojizo del cielo. El Bowery se asemeja a un túnel, con luces rojas, y blancas, de señales, donde aún queda la estructura de un enorme tren accidentado hace mucho tiempo. A medida que caminamos por la acera vamos distinguiendo las sombras de los desgarrados brazos y piernas de este esqueleto de hierro. Pero de lejos parecen unidos en un solo bloque; tan negras y quietas son las sombras del Bowery.

Tenemos que hacer muchas "eses" para no coincidir con las que está haciendo el transeúnte que viene o el transeúnte que va. Digamos que viene y va del mismo sitio y al mismo sitio. A no ser que se accidente en el camino. Hay muchos cruzados en la acera, acurrucados en las puertas de los portales, sentados en los bordes de las aceras o en las entradas ciegas del elevador. Al lado hay un letrero que dice: "Cerrado", o: "No funciona"; parecen puestos adrede para estos que se han desmoronado en el camino, rotos o porque ya no les queda nada que empeñar, que también es una forma de romperse. El próximo objetivo del asiduo del Bowery es siempre un bar, aunque a veces haga escala en una tienda de empeños. De bares y tiendas de cosas usadas está lleno el Bowery. Y de hoteles de a un dólar, comprendido el servicio de colocarlo en el catre: de cuartos de dormir de a medio, con derecho a recostarse sobre una cuerda y el vecino, y despertador por la mañana al soltar el mecate.

Los bares son casi iguales. Todos son largos, estrechos y oscuros. Apoyados contra un mostrador sin fin, una hilera de cabezas vencidas. Detrás, otra fila de hombres, apoyándose unos a otros, agarrados a un vaso sentados en un banco estrecho contra la pared. Entre las dos filas, un pasillito largo para sobrio. Después, humo, soliloquios muy tristes y confesiones a media voz entre vecinos de asiento. Los borrachos del Bowery son poco ruidosos en los bares. En cuanto uno levanta la voz le sacan a la calle. Las meditaciones y las conferencias tienen que ser a media voz. En cuanto sale una voz entera la rompen protestas, la ponen en el pasillo vestida de hombre y todo, y llega con pasos de marino hasta la acera. En el camino ha recibido empujones de todas las manos vacías de vaso, paladas de todos los pies y risas de vinagre que duelen a cualquiera menos al borracho caído de su honorable pedestal de hombre.

Una hoguera en la esquina. Un hombre en cuclillas la va alimentando con pedazos de papel que ha recogido en la calle. no hace frío, y sin embargo, hace ademán de calentarse las manos. Quién sabe lo que piensa este borracho! Tiene una cestita mugrienta de mimbre a su lado. El pelo ceniciento y revuelto tiene puntas de alambre y sin embargo, la barba es casi negra con sortijas de cabellera de niño. Lleva un saco mugriento cerrado hasta el cuello. Está enseñando una rodilla blanca y flaca y unos dedos mugrientos a través de la risa silenciosa de sus zapatos de basurero. El lector y yo lo observamos durante un rato. Nadie hace caso del hombre alimentando una hoguera en la esquina. Y aquellos ojos grandes están tostándose al calor de aquel sol triste de papeles sucios. Acaso le recuerde su hogar, y necesite ese calor aún cuando no haga frío.

Apenas hay policías en el Bowery. Ni se ven casi mujeres; ni hombres de color. Los pocos negros que transitan por el Bowery no están borrachos: son gente que va de paso. Y los vestidos de la gente del Bowery dice que muchos de sus asiduos son marineros. Tatuajes con barcos y anclas en los brazos y en el pecho, camisetas con rayas

horizontales de todos los colores, pero sobre todo azules; pantalones anchos de mahón azul, gorros de marino. No de uniforme de la Armada, que casi no se ven sino de gente de muelle o de barcos de carga. Y hombres bien vestidos; muchas personas acomodadas que han empezado a declinar; muchos profesionales que han perdido la fe en sí mismos y en los demás y se han metido en este túnel de laberinto sin salida.

Aquí dos borrachos se ayudan. Uno está reclinado contra la pared y bebe de una botella que le ofrece otro tirado a todo lo largo a su lado. También reclinada contra el muro una muleta. Esta es la segunda pierna del borracho que sigue bebiendo. La primera le sirve menos para caminar que esta de madera.

Entre las calles de Stanton y la de Rivington viven tres gitanas. Son esas que están sentadas en la acera hablando con aire de desafío. Llevan enormes aretes colgados de las orejas, brazaletes de pacotilla en las muñecas, amplias faldas con estampados chillones y remate de hilacho y barro en los bordes, y peinetas floreadas y tiesas sobre sus cabelleras estiradas de color de azabache. Las tres son gruesas, con unos ojos enormes y negros, nariz en forma de pico de rapaz y unos pechos redondos y grandes que les cuelgan más abajo de la cintura, asiento nervioso de una mezcla inquieta de collares brillantes y crenchas negras. Este es su cuartel general. Y uno tiene que sospechar que viven de algo o de alguien que no será precisamente la Macarena. Los borrachos las eluden como si fueran diablos. Los policías nunca se mezclan en sus reyertas. El turista o el curioso puede acercarse un poco en amateur, pero si es precavido siente un escozor en la cartera, le salen alas en los pies y aprieta el paso con un disimulo que reventaría los oídos si fuera sonoro. Las gitanas se ríen con ruido de collares y brazaletes y escupen insultos que harían vibrar los cristales de la Quinta Avenida, pero en el Bowery caminan con sordina a ras del suelo. Yo sé de uno que cuando llega a la esquina de la calle Stanton da la vuelta por Elizabeth y vuelve a tomar por el Rivington al Bowery para eludir a las gitanas. Y es un marino de casi dos metros que frecuenta el Harlem de noche, trafica con fumaderos de opio y no se le arruga el corazón por un escándalo brillante a filos de navaja en el China Town. Me contó que una noche que venía "cargado" le dió por prestar oído a las zalamerías de las gitanas. Entonces una de ellas se "escurrió" por el zaguán oscuro de la entrada, el mismo por el que en menos de un minuto salió una jovencuela que se le colgó del brazo con remilgues de gatita herida. Las gitanas se hicieron a un lado rezando rosario de malicias. El marino entró con la muchacha en el zaguán. En cuanto cruzó el dintel se dió cuenta de la maniobra. Las gitanas estaban dentro y la puerta se cerró para cuando volvió la cabeza. Se le torcieron los brazos, quedó tieso como una estaca, y las manos de la gatita palparon suavemente los bolsillos del marino. En dos minutos estaba sentado en la acera, sin dinero, sin papeles y sin reponerse aún de la sorpresa. Pataleó en la puerta, llamó a gritos a la policía, insultó a todos los borrachos que pasaban silenciosamente a su lado. Acostumbrado a perder en negocios de resaca, cambió de táctica y pidió humildemente que le devolvieran los papeles. Se abrió una ventana y cayó la cartera. Las gitanas jugaron limpio, los papeles estaban allí.

Los pocos policías que hay de servicio en el Bowery están especialmente entrenados en ese "deja hacer ancho", como la calle del borracho que llega al tope donde alcanza el límite de la delincuencia medido en términos del Bowery. Porque algunas faltas leves aquí constituyen verdaderos crímenes dos cuadras más allá.

Camiseta de rayas horizontales blancas y azules, pelo blanco, corto y erizado, tiene el cuello largo y flaco con arrugas verticales de estirón y venas horriblemente gruesas de color de vino; los ojos brillantes e inexpresivos, como de cera; la cara larga, pálida, llena de pelos blancos con islas repugnantes de sífilis o de sarna. Avanza con paso vacilante hacia el policía golpeándose con los dos puños. Su pecho hundido hasta el espinazo. Es un gesto airado de fortaleza fingida, algo que el borracho se ha forjado en su imaginación enferma, consciente de su debilidad. Cansado de recibir insultos, patadas y empujones de otros borrachos en el bar, quiere valorizarse desafiando a un policía, como gesto estúpido de muchos sacrificios cobardes e inútiles. El policía, sordo a la voz gruesa e insultante del borracho, no le hace caso. El mecate del borracho se balancea entre las dos piernas abiertas y vacilantes midiendo el tiempo inútil de su cobardía. El policía gira en redondo y le mira a la cara. El borracho se para y se calla. Sus puños cerrados se deslizan a lo largo de su cuerpo, y le quedan colgados los brazos como dos ramas secas. El mecate se para y parte en dos mitades iguales el triángulo vacío de sus entrepiernas. Los ojos brillantes de cera recorren el uniforme del policía, siguiendo de arriba a abajo la línea brillante de botones y la mirada triste alcanza la punta quieta del mecate. Ahí tiene el borracho los símbolos de las formas estúpidas de matar el asco por sí mismo. Y reacciona dando otro paso... para atrás.

– Vete a casa!

El mecate vuelve a agitarse, los puños suben al pecho y explota un insulto en la boca sucia y desdentada del borracho.

– Anda a casa... –y el policía avanza un paso.

– Maldito policía, maldito... –el borracho camina dificultosamente para atrás, el mecate enredado entre las piernas, los ojos inyectados de odio, los labios estirados de rabia impotente y escupe... Describe una circunferencia vacilante, da la espalda al policía y corre dando traspiés. Mira de vez en cuando para atrás, y por fin se para. El policía le ha vuelto la espalda otra vez. Entonces el borracho se sujeta los pantalones, escupe en las palmas de las manos, las frota en son de pelea, las cierra, golpea su pecho con los puños y avanza de nuevo, vacilante, con aire de desafío. El mecate marca otra vez el tiempo inútil de su cobardía entre las piernas débiles que sostienen al borracho contra la luz blanca y sucia del neón que alumbra al Bowery como si fuera un cementerio.

Hay contrastes curiosos en el Bowery. El bloque que hace esquina entre Canal Street y el Bowery está exclusivamente ocupado por casas dedicadas a la compra y venta de diamantes. Este es uno de los centros más importantes de diamantes del mundo. Enfrente, en la acera opuesta del Bowery, queda la editorial del "Jewish Morning Journal", el diario judío de más circulación en el mundo.

El Bowery tiene también su Caja de Ahorros. El "Bowery Saving Bank" está situado en un magnífico edificio rodeado de bares. Yo quisiera ver las cuentas que tienen aquí los borrachos. Pero estas y otras cosas quedan para la próxima vez que nos encontremos en el Bowery, lector. Buenas noches.